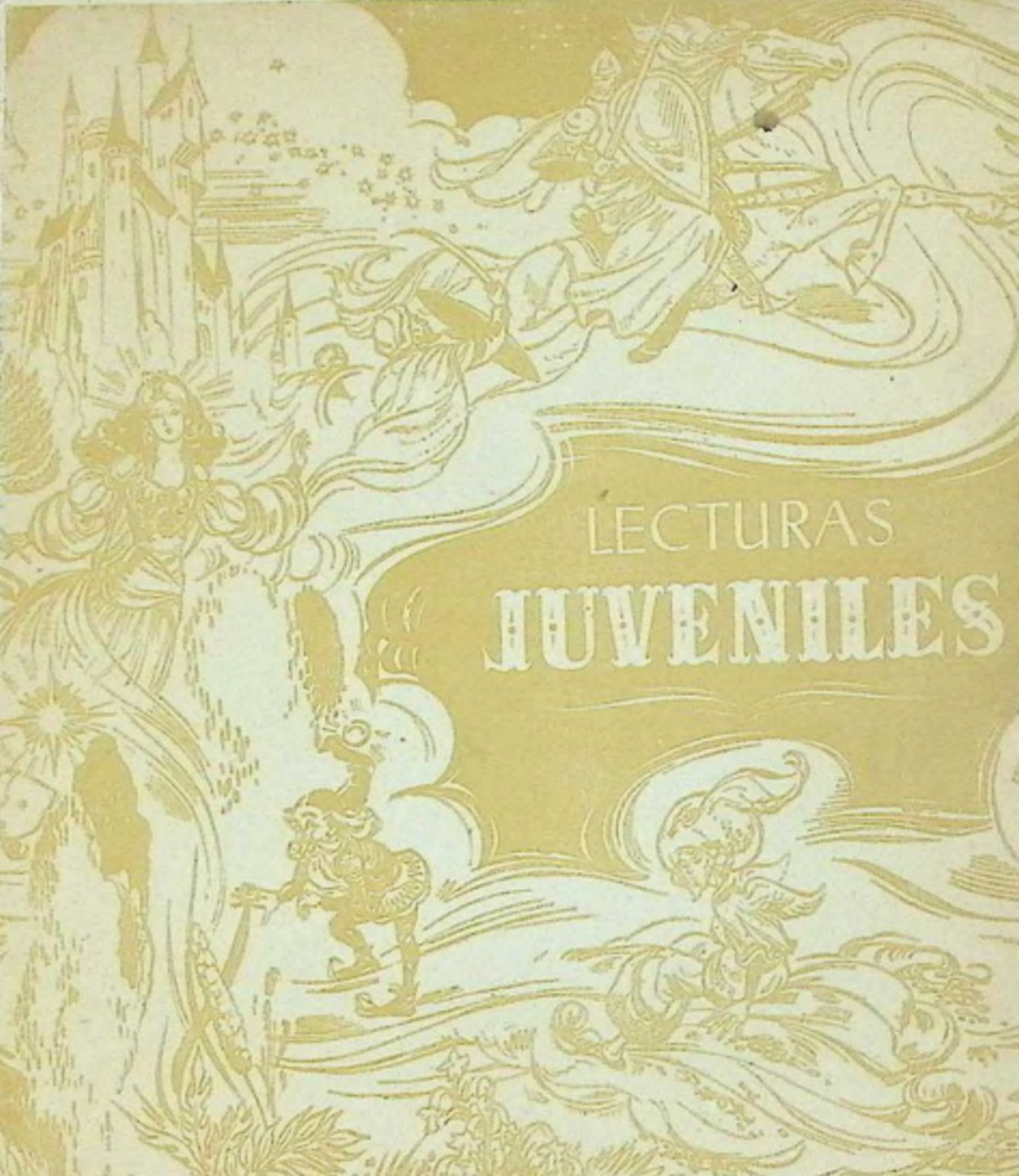
HISTORIAS Y LEYENDAS DE ULTRAMAR

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

LA DECIMA MUSA

M. AGUILAR - EDITOR


LECTURAS
JUVENILES

M. AGUILAR - EDITOR

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

HISTORIAS Y LEYENDAS DE ULTRAMAR

CONCHA DE SALAMANCA

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

(LA DECIMA MUSA)

ILUSTRACIONES DE ZARAGÜETA

M. AGUILAR.—EDITOR
MADRID

Reservados todos los derechos.
Hecho el depósito que marca
la ley.

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Imp. HEROES.—Tel. 53332

I.—NOCHE ESTRELLADA

CORRE el siglo XVII. El pobre rey Carlos II empuña el cetro de las Españas, allá en la metrópoli.

Aquí dilatan sus penachos largos los ricos plantíos de caña de azúcar. Son las mismas comarcas donde tuvieron lugar los tremendos combates entre conquistadores e indios. Mas no se oyen ahora, en estas risueñas tierras, los estampidos de las balas, el silbo de las flechas, los ayes dolorosos de moribundos y heridos, las imprecaciones y plegarias a los dioses aztecas, los rezos y súplicas cristianas.

Los audaces españoles y los crueles indígenas tiñeron de sangre, en el primer tercio del siglo XVI, las aguas de los torrentes de Yacapixtla. Mas, luego, cantos y versos se entretejieron, bajo las altas cumbres, en el corazón y los labios de estos pacíficos labriegos, descendiendo al fondo rumoroso de los feraces valles, con las aguas de sus ríos, a mediados de la centuria.

En Yacapixtla, en una fértil cañada, vive una familia criolla: la de Ramírez y Santillana.

Una flor crece entre los muros de piedra berroqueña y colonial, junto a los padres españoles: es la dulce y joven doña Isabel. Sus ojos adoran el paisaje que la ha visto nacer, pero miran aún más lejos, más lejos, como si quisiesen atravesar el mar... ¿Qué esperan? ¿Qué buscan más allá de las montañas y de los ríos? ¿Quieren disipar las nubes, la vaga claridad, hallar el sol?

A veces se dirige a los montes, pero éstos se yerguen más altos ante ella, ocultándole lo que hay detrás. Insiste en la caminata y en la subida, pero anda, anda, y no llega. Nunca le es dado alcanzar la cima. No puede contemplar el inmenso Océano ni ver el nacimiento del sol niño.

Regresa con el ánimo triste. Mas su anhelar no muere, no puede morir. Así, un grito se le escapa:

—¡Venid pronto, señor caballero! ¡Venid pronto!

Y con suave paso entra en la morada de sus padres.

¿Cómo se tejen los destinos? ¿Cómo se hallan las almas?

Nadie sabe cuándo ni cómo llega a Nueva España (Méjico), desde la lejana metrópoli, el Capitán don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, vizcaíno por más señas, nacido en la pequeña villa de Vergara.

Ahora, sin embargo, le vemos cruzar el umbral de los Ramírez y Santillana. Su acero toledano marcha a su costado. Caballero

y estoque viven siempre juntos: ¿juntos guerrearon en Europa al servicio de los Austrias o, simplemente, pasearon las calles españolas en pacífica andanza? Nada dice el Capitán, y nadie le pregunta nada...

¡Oh!

La bella doña Isabel aparece en la puerta. Una sonrisa inefable le ilumina el rostro: don Pedro Manuel de Asbaje la lleva gentilmente del brazo.

—¡Ya llegó! ¡Ya llegó! —quisiera gritar su corazón doncellil, pero... ¡mejor es el silencio!

El recién llegado y doña Isabel se aman profundamente. Pronto se casan. Y

yanse a vivir a San Miguel de Nepantla, en un lugar que es como el vértice del abiertísimo ángulo que tiene abajo, al Sur, la cañada de Yacapixtla, y arriba, al Noroeste, el pueblo de Ozumba.

La transparencia de la atmósfera es extraordinaria y da a los astros la ilusión de una proximidad emocionante. En el paisaje reina una placidez admirable. Dos volcanes enormes limitan el espacio: el Ixtaci-huatl, de depurados perfiles, y el Popocatépetl, ancho hasta el ápice.

El aire es delgado, finísimo.

Al matrimonio Asbaje le nacen los hijos. Cuando viene al mundo la segunda niña, son

las once de la noche. Es un viernes, el 12 de noviembre del año 1651.

Cap. I
Noche estrellada

Noche estrellada sobre el silencio. Noche musical y luminosa en el azul hondísimo del cielo.

La niña—misterioso presente de Dios—nace en el aposento llamado *la Celda* por el pueblo. La criatura, al aparecer en ésta, la ilumina de súbito con una gran vaharada de luz, bellísimo resplandor de un sol aún nonato.

Afuera, la maravilla de la noche, rica de estrellas y constelaciones. La Cruz del Sur, en la altura.

II.—LOS VOLCANES

LOS indígenas cuentan que el Ixtacihuatl fué, hace miles de años, una princesa hermosísima de la tribu de los viejos caciques y que llegó a enamorarse del más gentil capitán. El padre dijo a éste:

—Si tornas un día con la cabeza del cacique enemigo clavada en tu lanza, hallarás preparado el festín del triunfo y el premio de tu amor: ¡Ixtacihuatl!

»Y Popocatépetl marchó a la guerra con esta esperanza. Así domó las rebeldías de las selvas y de los riscos, la osadía despeñada de los torrentes, la asechanza de los pantanos. Y contra cientos de cientos de soldados combatió gloriosamente.

»Al fin volvió a la tribu. La cabeza del cacique enemigo sangraba en su lanzón. Halló el festín del triunfo, pero no a Ixtacihuatl. La joven dormía sobre un túmulo, esperando el beso póstumo de la boca que en vida nunca llegó a besarla.

»Y Popocatépetl quebró en sus rodillas el haz de flechas. Con sorda voz conjuró las sombras de sus antepasados contra

las crueldades de los dioses impasibles. Tenía el triunfo, la riqueza, el poderío, pero no el amor...

»Entonces hizo que veinte mil esclavos alzaran un gran túmulo ante el Sol. Amontonó diez cumbres, a manera de escalinata. Tomó en brazos a la mujer amada y él mismo la dejó yacer sobre el túmulo. Luego, encendió una antorcha, y, para siempre, quedóse en pie alumbrando el sarcófago de Ixtacihuatl.

»Duerme en paz, Ixtacihuatl: nunca los tiempos borrarán tus bellos perfiles. Vela en paz, Popocatépetl: nunca los huracanes apagarán tu antorcha eterna como el amor...»

Tal historia apasionada anda en los labios de los indígenas de San Miguel de Nepantla.

Juana, la niña que nació en *la Celda* una noche estrellada, no tiene aún cinco años, pero conoce ya la leyenda amorosa de los dos volcanes. Siempre pide a su madre—doña Isabel Ramírez y Santillana—que se la repita:

—¡Contadme otra vez la historia de las dos montañas!—suplica con su voz infantil, mientras sus ávidos ojos se fijan largamente en las dos nevadas moles que limitan el paisaje.

—¡No os saciáis, Juana, de esa bella historia, aunque tan pocos años tenéis!—exclama la madre en creciente asombro.

Mientras, la luz de la meseta le va haciendo unos grandes ojos rasgados para recoger el ancho hori-

zonte y contemplar mejor los dos volcanes amantes.

Ya sabe leer la niña, a tan temprana edad. Ha sido tan lista y tan aprovechada, que, sin sujetarse a las perezas del deletreo, ha leído de corrido inmediatamente. Muestra una precocidad que sorprende.

¡Y cómo ama, siendo tan pequeña todavía, el paisaje que la rodea! Doña Isabel le ha dado noticias de esta tierra que ella ha aprendido muy bien para no olvidarlas jamás. Cuánta gracia causa oírla decir:

—Nepantla es voz antigua que significa en azteca lo mismo que *en medio*. Y se llama así San Miguel, porque, en verdad, es un valle que está en medio de los dos volcanes, teniendo también en medio un río torrencial, tributario del de Cuantla.

Y su mirada recorre los cerros, y su boca los nombra:

—El Xochitl, de la flor; el Coatepetl, de la serpiente; el del Mirador. Y allí, la inmensa e inmóvil mujer blanca, de espaldas, cara al cielo, el blanco Ixtacihuatl. Al Oeste, el gigantesco volcán que arroja humo, el Popocatépetl.

¿Quiénes son sus maestros?

A la par que doña Isabel Ramírez y el Capitán don Pedro, las sencillas gentes de estos bohíos y pintorescos alrededores, los párrocos de los pueblos aledaños, los forasteros suelen hablar con la niña. Esta escucha con avidez nunca vista las palabras que le dicen, las historias que le cuentan, los conocimientos y noticias que le enseñan. Todo lo quiere saber. Y todo lo retiene en su cerebro infantil con una pasmosa precisión.

También sus padres la llevan a los pequeños lugares próximos: a la parroquia de Chinalhuacán-Chalco, de la que depende la alquería de San Miguel de Nepantla, y en la que la niña fué bautizada; al santuario del Señor de Sacromonte, en las montañas del Norte, rodeado por los aromáticos bosques de pinos milenarios. Va a Puebla, la del fertilísimo valle.

Todo lo mira, lo remira y lo vuelve a mirar. Una graciosa sonrisa no abandona nunca su rostro. Su alma entera comulga en la contemplación, se da entera a las cosas, seres y paisajes que ve y que visita.

Sí. Y estas cosas, seres y paisajes, acaso sean los mejores maestros de la niña Juana, más tal vez que sus padres mismos. Los árboles, el agua y las flores; el vibrante sol de los trópicos, derecho y ardiente; las montañas, la nieve de los

volcanes y el humo del Popocatépetl; las albas y los crepúsculos. Y recibe también «las enseñanzas del libro azul de los cielos, abierto de noche ante sus ojos maravillados, y en cuyas letras empieza a leer ella poemas incomparables».

Pero su precoz amor a la sabiduría no hace de Juana una niña seria, una mujer antes de tiempo. No tiene gesto ni semblante de sabihonda, de marisabidilla, sino que es alegre, juguetona, risueña y rubia. ¡Ay, sus ojos de claro color castaño, cómo saben reír!

¡Y qué desmedida afición al estudio! Doña Isabel, su madre, no se cansa de contar, a cuantos admiran a la niña, un delicioso pormenor de su infancia:

—No había cumplido Juana los tres años, cuando, enviando yo a mi hija mayor para que una de las «amigas» le enseñase a leer, la pequeña se fué tras de

su hermana, por cariño y por travesura, y viendo que daban lección a la mayorcita, se encendió en el deseo de leer y, engañando a la maestra, le dijo: «Mi madre ordena que me deis lección.» Ella no lo creyó, porque no era creíble; mas, por complacer el donaire de Juana, se la dió. Prosiguió yendo la pequeña y prosiguió la maestra en enseñarla. Y supo leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando yo me enteré. La maestra me lo había ocultado para que yo pudiese recibir el galardón por junto y el gusto por entero. La niña, por su parte, lo había callado, al creer que la azotarían por haberlo hecho sin orden.

El párroco de Chinalhuacán-Chalco pregunta a doña Isabel:

—¿Y es verdad que se abstiene de comer queso, porque éste yuelve a la gente ruda?

—Sí, señor cura, es verdad. Para que podáis comprobarlo por vos mismo, llamaré a la niña. ¡Juana!

Al instante se presenta.

—¿Qué queréis de mí, madre y señora mía?—pregunta encantadoramente.

—¿Por qué no os gusta comer queso, hija mía?—inquiere el sacerdote con sonrisa benévola.

—No es que no me guste, señor cura, sino que puede conmigo más el deseo de saber que el de comer—responde la niña llena de gracia.

—¿Cuántas cosas sabéis, pequeña Juana, además de leer? —vuelve a interrogar el párroco.

—También sé escribir, y todas las habilidades de labores y costuras que aprenden las mujeres.

—¡Muy bien, muy bien, pequeña Juana! Y... decidme: ¿no habéis oído hablar de que en Méjico hay una Universidad?

—Nunca hasta ahora. Pero... ¿qué es una Universidad?

—La escuela en que se estudian las ciencias. Los hombres más sabios enseñan allí.

Juana se vuelve a su madre y empieza a rogarle:

—¡Enviadme a Méjico, madre mía, a casa de los deudos que tenéis, para estudiar y cursar en la Universidad!

—Estudiar en la Universidad, Juana, es cosa de varones, ¿sabéis?—responde doña Isabel.

—¡Pues enviadme allí con traje de caballero!

La madre y el párroco, ante esta salida de la niña, no pueden menos que reír estrepitosamente.

La pequeña sigue insistiendo:

—¡Enviadme allí con traje de caballero! ¡Así no conocerán que soy mujer!

La súplica de Juana se pierde en el azul traslúcido de la mañana. Acaso llegue hasta Dios, a trayés de la luz diamantina.

III.—DESDE LAS TORRES DE LA CATEDRAL

A madre, doña Isabel Ramírez y Santillana, no quiere acceder...

Mas la niña, a los ocho años, compone una loa para la fiesta del Santísimo Sacramento, con todas las calidades que requiere un cabal poema. Le otorgan un libro como premio, tan grande es el éxito que obtiene Juana. Don Pedro y su esposa, llenos de júbilo orgulloso y de satisfacción, deciden enviarla a casa del abuelo, en la ciudad virreinal.

Parte de San Miguel la pequeña poetisa, no sin antes despedirse de sus dos viejos amigos: el Ixtacihuatl y el Popocatépetl. Sus rasgados ojos grandes, no obstante la alegría que significa marchar a Méjico, se le empañan de lágrimas.

En el bufete del abuelo halla libros y más libros. Juanita de Asbaje lee y lee sin descanso, apasionadamente. Los de versos, sobre todo, la entusiasman. Su voluntad es cada vez más resuelta y su ansia de saber más inflamada y potente. El anciano vive en un perpetuo asombro, y en muchas ocasiones se dice:

—¡Mi nieta será una segunda Beatriz Galindo, una segunda Latina!

Y para cumplir su predilección hace venir al bachiller Martín de Olivas para que le dé lecciones de latín. A las veinte lecciones, la niña no tiene ya necesidad de profesor: lee y traduce de corrido la lengua clásica.

—¡Es una maravilla esta nieta que tenéis!—exclama el bachiller, recogiendo su gramática latina y sus textos literarios.

No acaba de marcharse el satisfecho Martín de Olivas, cuando la niña irrumpe en la estancia de su abuelo.

—¡Abuelo, abuelo! ¡Llevadme, como me habéis prometido, a las torres de la catedral para contemplar desde ellas la ciudad de Méjico!

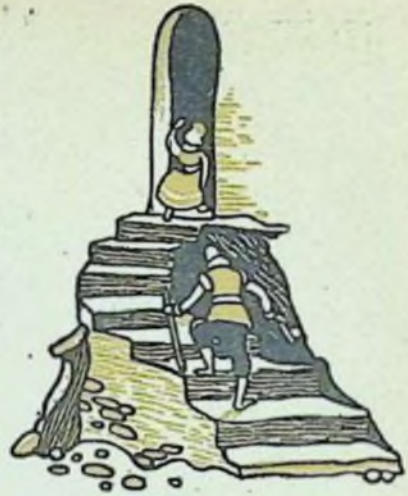
El viejo accede inmediatamente.

Es la hora del crepúsculo. El sol se enciende solamente en las partes altas de los edificios, y las calles comienzan a perder sus contornos entre las sombras que llegan.

Suben la escalera de la torre. El anciano jadea. La niña, cogiéndole de la mano, le arrastra hacia arriba, como en un rapto de sed de cielo. Los pasos de ambos resuenan en la cavidad de estas enormes piedras que ascienden hasta la mejilla de Dios: los de Juana, más débiles y presurosos; los del abuelo, más lentos y fuertes.

¡Ya están en el campanario!

La ciudad, a los pies, parece una vasta llanura gris, cortada en todas direcciones por las líneas rectas o sinuosas de sus calles. Es difícil distinguir a simple vista sus lejanos límites, y las últimas casas se confunden en el término del horizonte...



Ya repuesto de su jadeo y de su fatiga, el anciano exclama sus primeras palabras:

—¡Aquí tienes, niña, la vieja ciudad colonial!

Juana de Asbaje palmotea de júbilo, en tanto que dice:

—¡Oh! ¡Desde aquí, por todas partes, torres y más torres de antiguas iglesias, de conventos! ¡Altas torres de dos cuerpos, delgadas y eminentes, acribilladas por las luces que atraviesan sus ventanales! ¡Torres bajas, como un cubo de piedra, que albergan una sola campana!

El abuelo se suma a estas alabanzas:

—Mira, nieta, aquella torre gris ennegrecida por la lluvia. Mira aquella otra, resplandeciente de sol, y esa que brilla, con su caperuza de azulejos. ¡Y cuántas de estas torres, niña mía, albergan en sus nichos polvorientos santos de terracota!

Juana interrumpe al anciano:

—Abuelo, ¿no veis aquel murciélago?—y señala al quiróptero que acaba de materse en su habitáculo, añadiendo—: ¡Qué hermosa torre es la suya!

—¡En verdad que no ha elegido mal el señor murciélago! —arguye el viejo español.

—¡Y cuántas cúpulas! ¡Oh! ¡Decidme sus nombres, abuelito!—suplica la pequeña Juana.

El anciano, con agrado infinito, casi con delectación, las va enumerando:

—¡Esta es la cúpula de la Santísima!

La niña le interrumpe súbitamente:

—¡Parece una compotera!

El abuelo sonríe, mas prosigue:

—Esa otra es la cúpula de la Soledad, maciza y grave, con sus medallones blancos sobre la pie-

dra negruzca; aquélla, la cúpula del Señor de Santa Teresa, esbeltísima, con su linternilla como un tibor de la China; aquella otra, la de Loreto. ¿No te parece que es un caracol que avanza los dos cuernos agudos de sus torrecillas?

—Sí, abuelo. Eso mismo parece: un caracol, y las torrecillas son sus cuernos—responde la niña.

—Esa, la de Santa Inés, que siempre lleva su traje de fiesta, con galones anaranjados y azules; la de allí es la de la Enseñanza, tal como un birrete de doctor teologal; la de allá es la de la Encarnación, que reza al cielo oraciones en esmalte blanco; aquella otra, la de Santa Catalina, ancha y aplanada, con su orla de ventanas...

Una bandada de palomas, con su zureo delicioso, interrumpe y acalla al anciano señor.

—¡Decidme, ahora, el nombre de los palacios, abuelito!—ruega la niña Juana.

Siempre complaciente, la voz cascada del viejo vuelve a nombrar:

—Aquélla es la casa del Conquistador; ésta, el Palacio virreinal; allí está el Seminario de San Ildefonso; por allí se distingue la casa del Conde del Valle de Orizaba. Y ved cómo se destaca el Palacio de los Azulejos. Y mirad, niña, aquellos toscos remates franciscanos, hechos para coronar fortalezas y sostener arcabuces defensores de la fe... Allá abajo la ciudad ha perdido sus contornos. Las gentes parecen sombras que se deslizan con cierto apresuramiento. Suena el *Angelus*.

Nieta y abuelo se arrodillan, musitando:

—El ángel anunció a María...

—He aquí la esclava del Señor, y hágase en mí según tu palabra...

«Por allá abajo pasa la sombra de don Carlos de Sigüenza y Góngora, camino de su casa, en la vecina calle del Hospital del Amor de Dios. Junto al palacio hay gente armada: son los alabarderos que montan la guardia. Ahora mismo, el Cabildo discute una merced de agua...»

IV.—EN LA CORTE DE LA VIRREINA

LA niña crece linda, graciosa, llena de donosura y de ingenio. ¡Muy bella juventud promete Juana de Asbaje!

A todos parece un prodigio: su raro don de bien hablar, como por juego, en flúidos versos; su extraña sabiduría, hija sola de sus propias lecturas. La gente se entusiasma viéndola y oyéndola, hasta quedar muda en torno suyo.

Y la llevan a la corte del Virrey, al lado de la Virreina, para que brille esplendorosamente.

Comienza su adolescencia.

Tiene ya trece años cuando viene a Méjico, en 1644, el vigésimoquinto virrey, el Marqués de Mancera, hombre de bondad y tino. Inmediatamente llegan a su oído las maravillas que se cuentan de la pequeña Juana de Asbaje. Y, deseoso de conocer de cerca a tan raro portento, abre a la niña las puertas de su palacio.

Y en él entra Juana Inés, con el título «de muy querida de la señora Virreina».

Una nueva vida se inicia para la jovencilla: galanteos y discreteos, saraos y fiestas; jóvenes españoles recién venidos de Europa, apuestos, atrevidos y galanes; damas y damiselas...

El ingenio de la niña es puesto a prueba sin cesar. Juana, además de leer mucho, según es su costumbre, aprende no poco oyendo al Virrey y a la bondadosa Virreina. Ambos gobernantes le tienen grande afecto y admiración, y por esto la agasajan continuamente. Juana de Asbaje siente por ellos un cariño recíproco, y se anticipa siempre, por natural impulso de su alma, a todos los deseos de sus amigos los Virreyes.

El Marqués quiere un día saber hasta qué punto la sabiduría de Juana es admirable e infusa, o natural, o adquirida, o, simplemente, puro artificio. Reúne en su palacio a cuantos hombres profesan letras en la Universidad. Unos cuarenta son, más o menos: teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas...

¿Qué va a pasar con la serranita, nacida en el monte, sólo cuatro años hace traída a las suntuosas salas de una sociedad que no es la suya?

El éxito de Juana de Asbaje es completo. La ciudad entera habla de la genialidad de esta criatura. El Marqués mismo, que no sale aún de su asombro, dice:

—¡No cabe en humano juicio creer lo que hemos visto! A la manera que un galeón real se defendería de las chalupas que lo embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas y argumentos, de las réplicas que tantos, cada uno en su clase, le propusieron.

Cap. II

En la corte de la Virreina

La Virreina, a su vez, no pudo menos que añadir:
—¡Es maravillosa nuestra amiguita!

* * *

Ya es una joven, esbelta, llena de gracia y hermosura. El óvalo de su rostro es perfecto, además de ser blanquísimo. Un delgado cuello lo sostiene, como el tallo a la flor. Los ojos son grandes y profundos; la cabellera, suave. La nariz es delicada; la boca, ni amarga ni dichosa en demasía: serena. Sus manos son sencillamente bellísimas. Los grandes libros en que estudia, «acostumbrados a tener sobre sí la diestra amarilla y rugosa de los viejos eruditos, se sorprenden con la frescura de agua de estas manos...»

Es un deleite, un gozo intensísimo, verla caminar. Es alta y luminosa.

Su vida, ahora, transcurre entre fiestas y pruebas, entre requiebros y escarceos amorosos. Juana oye palabras de amor. Siente que la persiguen apasionados ojos, miradas ardorosas...

Y es natural en ella la habilidad para hacer versos.

—Tengo que violentarme para no hablar ni escribir en verso—dice la joven poetisa.

Pero todo el mundo le reclama poemas, composiciones escritas por sus ágiles y ner-

viosos dedos. Y no tiene más remedio que acceder a la fuerza que le hacen, a la violencia que le causan. Sin embargo, es tal la naturalidad con que los versos acuden a la mente de Juana Inés, que aun dormida, noche por noche, versifica como los mismos ángeles. Cuando coge la pluma para fijarlos en el papel, no tiene tiempo para corregirlos.

—No los entiendo, pues apenas son míos. No bien escritos por mi mano, pasan a la de otro—confiesa ella misma.

Hace versos fácilmente, por no contrariar a nadie: blando y apacible es su natural.

Los corrillos la ponderan, la aclaman en triunfo. ¡Fácil y rápida fama para Juana Inés!

—¡Su ingenio es ágil como la misma luz!—comentan los comensales del Virrey Mancera.

Y ella responde,

a sus retorcidas galanterías, con donosas réplicas. Contesta también a fastidiosas misivas en verso...

Siempre, por otra parte, sigue estudiando y siempre componiendo. Silogiza consecuencias, razona escolásticamente en las más difíciles disputas.

«Hay dos naturalezas en esta joven genial: una, juguetona; otra, reflexiva. Pero ambas, aladas, sutiles, mirificas, por obra y gracia de la poesía. Su ser íntimo revélase en tres tipos de composiciones: primero, en las que pone todo el voluntario abandono de una revelación de sí misma; segundo, entrecortados fragmentos, gritos de su yo que se le escapan como confesiones de quienes dan a conocer lo más recóndito de su ánimo cuando menos piensan hacerlo así; tercero, aquellas en las que se quiere a la vez decir lo que se dice y disfrazar lo que se disfraza, sea encubriendo bajo seudónimos los nombres propios, sea complicando las expresiones y convirtiendo en tercera persona lo que líricamente sólo a ella y a otra determinada persona pertenece.»

Don Luis de Góngora y Argote—*el Apolo Andaluz*, como Juana le llama—influye en muchas de sus composiciones.

Es el rey invisible, aunque muerto ya, que reina en el mundo de la poesía de Nueva España.

La poetisa provoca en las reuniones palaciegas un alborozo alegre, un revuelo inesperado. No se habla más que de ella, y todos la quieren ver e interrogar. Muchas personas la rodean en seguida, y la escuchan sorprendidos y admirados.

El prestigio de la joven Juana de Asbaje es irresistible.

Y hay muchos caballeros que reciben sus palabras en perfecto silencio.

Al oírla y verla se alegran como en un súbito ambiente luminoso y, ávidos de arder, se incendian de alegría, y acaso, de amor...

V.—SU MISTERIOSO AMOR

SONETOS y redondillas prueban que Juana Inés está enamorada, encendida y deslumbrada de amor. Pero es de tan poca raigambre, que le permite jugar donosamente con la inclinación que siente:

> Que no me quiera Fabio, al verse amado,
> es dolor sin igual en mí sentido;
> mas que me quiera Silvio, aborrecido,
> es menor mal, mas no menor enfado.

Sin duda, lo que hasta aquí siente no es amor. Juana Inés vive, con seguridad, un período semiamoroso, pues sus primeras emociones amatorias son ficticias, poco sinceras: juega al amor, sin imaginar casi que juega; juega a la ternura, sin sospechar casi que juega.

Pero, de pronto, el tono de sus versos cambia. Se hacen concentrados, hondamente sentidos: se han enraizado en lo más íntimo de su alma apasionada:

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento y no sé
la causa por que lo siento.

Aurora del amor, amanecer del alma amorosa que no sabe aún si son sombras o claridades las que apuntan en su cielo, y más y mejor y más hondo se introspecciona, sin que pueda no obstante definirse. No es todavía amor, sino ansia de amor.

Por último, adviene el amor verdadero, el amor triunfante y apasionado. Y los sonetos que escribe son de auténtica exaltación paroxística.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
en tu rostro tus acciones veía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien: baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo de tu quietud contraste,

con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya en líquido humo viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

¿Ama, pues, Juana de Asbaje? Dicen que sí.

—A esa dama de honor de la Marquesa de Mancera, cierto caballero se le ha adentrado en el corazón, logrando inspirarle un gran afecto.

Sin embargo, otra voz se atreve a susurrar:

—Ese gentilhombre está muy alto para que Juana de Asbaje, hidalga, pero pobre, pueda ascender hasta él.

¿Hasta dónde llega este amor? ¿Es sólo cosa del espíritu? ¿O sólo exaltación de los sentidos?

Alguien tiene la osadía de insinuar:

—El doncel se ha muerto en flor, cuando iba ya a posarse sobre sus manos unidas la bendición que ata para siempre.

Acaso sea cierta esta afirmación, pues Juana Inés se siente ahora inconsolable, y busca alivio en el retiro y en el estudio. Como el Duque de Gandía, exclama:

—¡No más, no más servir a señor que se pueda morir!

Y con el espíritu quebrantado por la prueba, busca a Dios.

El amor, en efecto, ha pasado volando junto a Juana Inés, en el amanecer de su vida, rozándola con la punta de sus alas cuando apenas acaba ella de convertirse en mujer.

Busca a Dios, sí, y lo encuentra en una celda. Aunque no va al convento por vocación, que toda la suya es para el estudio, y sí por nobilísima violencia sobre sí misma. ¡Ha amado Juana Inés, ha amado mucho! Es casi innegable. Ella misma lo confiesa, aunque procurando apartar de sí violentamente el recuerdo, en un romance:

Yo me acuerdo (¡oh nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo...

Y no es extraño que haya amado tanto: su doncellil hermosura, su ciencia y discreción notables... atraen todavía a un sinnúmero de caballeros galanes y gentiles que solicitan su mano.

Pero, con elegancia suprema, sabe guardarse muy adentro su dolor, que sólo se percibe como un eco lejano en tales o cuales estrofas. Y el grito, la rebelión, el ímpetu angustioso que pueden inspirarle versos geniales, se esconden quietos y mudos dentro de un hábito de monja.

Del amor no queda más que el discreteo, el retruécano, la sutileza... Sin embargo, sin embargo..., a veces, la sutil esencia se escapa con mayor impulso del hermético vaso, y es amor, el Amor, quien dicta alguna estrofa.

Antes de tomar el velo, se murmura en la corte:

—No ha muerto, no, su amado. Bien vivo sigue aún. Es ella la decepcionada, la desengañada cruelmente: él no la quería bien. El alma pura y casta de Juana Inés se ha alejado de aquel hombre, ha roto para siempre sus relaciones.

La verdad es difícil de saber, porque Juana de Asbaje nada confiesa a nadie.

¿O, tal vez, su personal concepto del amor es irreconciliable con el que prevalece en torno suyo? Así, al convencerse de esto, declara que no es apta para casarse.

Desea vivir sola. Con igual poder atráela su invariable y pertinaz amor al estudio. Y esta grande vocación estudiosa retráela de la idea de buscar retiro en el convento, que, por otro aspecto, es para ella una solución, un anhelo de paz y de retiro: las ocupaciones obligatorias, en el claustro, embarazarán la libertad de entregarse plenamente a las letras y ciencias; el rumor de la comunidad le impedirá el sosegado silencio de sus libros...

Al fin vence estas cortapisas que le presenta su propio libre espíritu. Otro anhelo surge en su interior: el afán de apartarse del mundo, viscoso, denso y brutal, y elevar su espíritu hasta lo más encumbrado, hasta Dios, huyendo de todos y de sí misma.

En su actitud, no obstante, hay más sensibilidad y estética que misticismo.

—El convento resguardará mi alma—debe decir en estos instantes trascendentales.

La luz cenital, al decidirse, le nimba la cabeza hermosísima.

VI.—CARMELITA DESCALZA

LA determinación está tomada ya muy en serio.

Un día de domingo se presenta en el convento de San José de Carmelitas Descalzas.

—¡Es todavía una niña!—no puede menos que exclamar un gentilhombre del palacio de los Virreyes, al verla entrar en el convento.

En el libro de ingreso de las nuevas religiosas, se inscribe: «Recíbese para religiosa corista a Juana Inés de la Cruz.»

La doncella Asbaje no entra para hacer vida solitaria, sino de *corista*, vida de comunidad y de oraciones conjuntas, en *coro*, en el *coro*.

Sor Juana, en su nueva existencia, levántase con el alba, cumple al pie de la letra la regla de la comunidad. Pero ésta es superior a su resistencia física, no profesando por tal causa. Enferma, al fin. Casi llega a las puertas de la muerte.

La novicia tiene los ojos transparentes. Su voz es un susurro de agua que se escapa entre las piedras. Su espíritu es

tan vaporoso y sutil que se desliza siempre sin dejarse apresar.

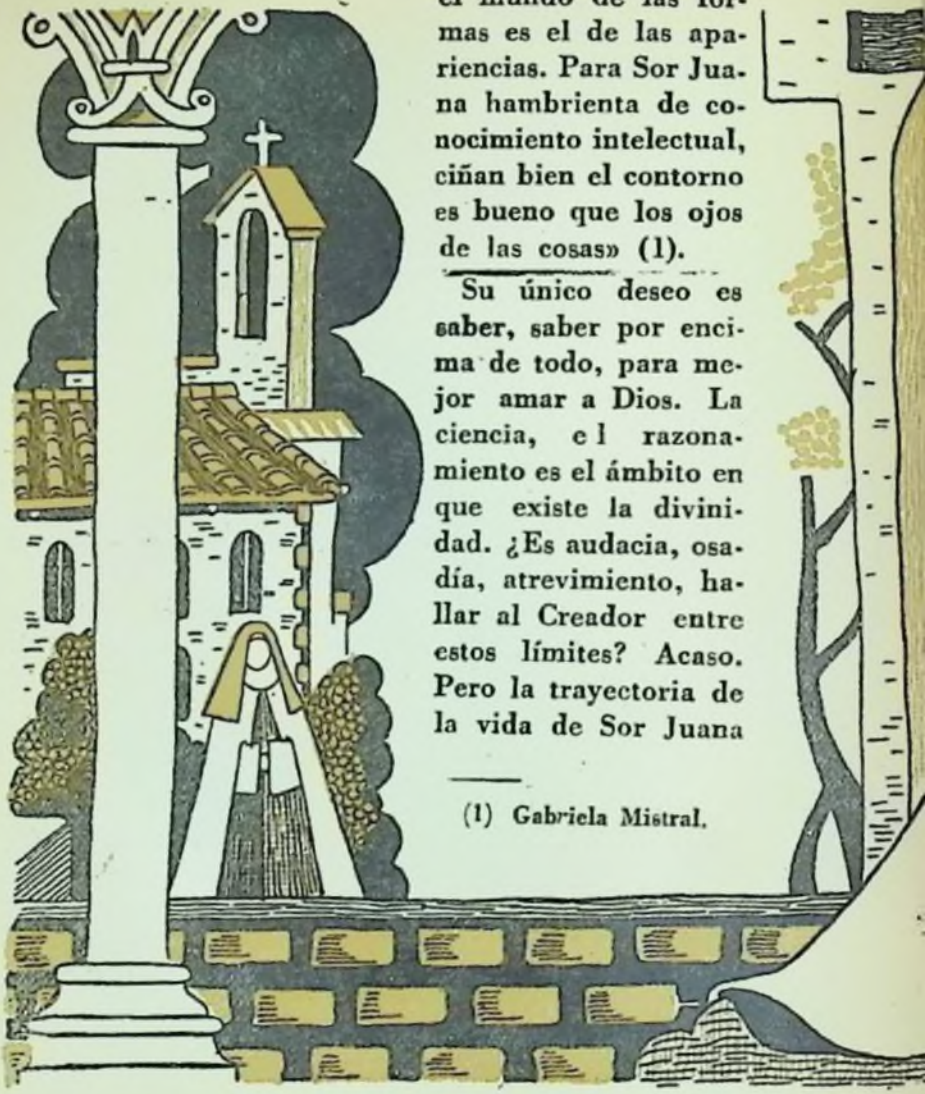
Pero la joven carmelita descalza es una monja obediente. Y por eso se muere: de tanto madrugar, trabajar, rezar y penitenciarse. Es dócil como una niña. Mas ella no puede vivir sin los libros que le han prohibido, y languidece. ¡Ay, el misterio de las cosas que la letra escrita revela! Así, mirando al cielo, a través de la pequeña ventana enrejada de su celda, Sor Juana suspira:

—¡Oraciones y más oraciones! ¿Nada más que oraciones, Señor?

Ya no le bastan éstas. Ya no le basta oír las de sus compañeras de comunidad, sino lo que hay detrás de las palabras, en sus mismas raíces divinas. Hay que buscar a Dios en sus obras: en los crepúsculos, en las conchas de nácar de los amaneceres, en la cenicienta luz del horizonte...

¿Qué anhela, pues, esta monja?

La clave de su actitud, de su enfermedad y padecimiento es que Sor Juana no es una mística. «Todo su pensamiento está traspasado de cristianismo, pero en el sentido rigurosamente moral. El místico es casi siempre, mitad ardor y mitad confusión; es el hombre que entra como en una nube ardiente que lo lleva arrebatado. Ella no ha viajado nunca por el país que algunos llaman de la locura. El místico cree que es la intuición la única ventana abierta sobre la verdad, y baja los párpados, desdeñoso de analizar, porque



el mundo de las formas es el de las apariencias. Para Sor Juana hambrienta de conocimiento intelectual, ciñan bien el contorno es bueno que los ojos de las cosas» (1).

Su único deseo es saber, saber por encima de todo, para mejor amar a Dios. La ciencia, el razonamiento es el ámbito en que existe la divinidad. ¿Es audacia, osadía, atrevimiento, hallar al Creador entre estos límites? Acaso. Pero la trayectoria de la vida de Sor Juana

(1) Gabriela Mistral.

no puede ser otra, por destino mismo del cielo. Desde que nació hasta que muera será igual: una flecha disparada hacia el saber y la certidumbre. Necesita explicar y solucionar de una vez el origen de todas las cosas.

¿Qué es una sabia más que una monja? Así es.

Pero ¿qué es esto? Sigue enferma y su estado empeora. Sor Juana ya no resiste por más tiempo la tremenda tensión, el despiadado olvido de sí misma, de su manera de ser. Reclina

la cabeza sobre la dura almohada, y sólo la fiebre ardiente se le alberga en las sienes. Hasta los pensamientos se le queman y deshacen. Sus ojos se han cerrado, como eternamente ciegos.

¡Ay, Sor Juana! Ya no os interesa de dónde venimos ni adónde vamos. ¡Y este desinterés vuestro significa que vais a moriros!

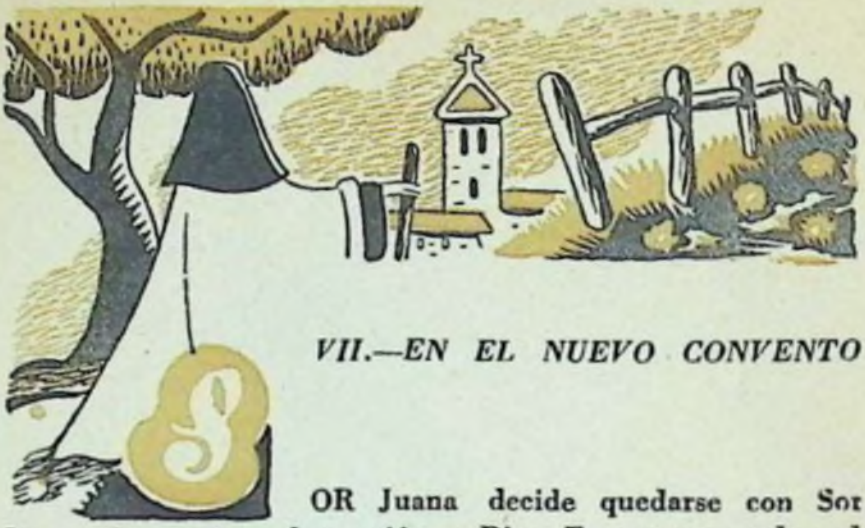
¡Es menester salvar a Sor Juana! ¿Cómo no?

El virrey toma cartas en el asunto e influye de tal manera en la voluntad de la novicia, que ésta sólo permanece tres meses en el convento de San José. El 18 de noviembre del mismo año de su ingreso vuelve al mundo, resucitada.

Sin embargo, no halla la felicidad. ¿No es más dulce que la miel vivir en el mundo? No siempre, y menos para Sor Juana, que lleva en sí una avidez inmensa, insaciable. ¿No conseguirá en él lo que busca? Es menester la soledad, para hallar la dulzura que ansía: el conocimiento de todo.

Si la regla de las Carmelitas Descalzas era terrible, no lo es menos la exigencia que la sociedad mejicana le impone. ¿Qué hacer?

Vamos a verlo. Aunque el júbilo de los mejicanos, por la vuelta de Juana de Asbaje, sufra una desilusión o se extinga.



VII.—EN EL NUEVO CONVENTO

SOR Juana decide quedarse con Sor Juana. Es preciso saber quién es Dios. Es menester saber el principio y fin de las cosas: de los astros, de los vegetales, de las piedras... Y es necesario saberlo en medio de la soledad de una celda, diminuta e inmensa, a la vez, como todo el mundo. Sólo ahí es posible descubrir la verdad de la verdad. Y los ojos profundos de Juana de Asbaje vuelven a iluminarse con una luz extraña, mirando al cielo.

Se ha consultado, de nuevo y a fondo, consigo misma. El Padre Antonio Núñez de Miranda, su confesor, que lo es también de los virreyes, le ayuda a decidirse:

—¿Habéis de revolveros constantemente, en el siglo, contra las tentaciones del demonio? ¿Contra la voluntad y demás consecuencias?

Y Sor Juana, que siente trastornada la llama de su fe por el viento de la pasión de la ciencia, para salvar ésta, accede. Es la única manera de defenderla del mundo. Sor Juana no

es santa: tiene que velar por sí y por su vocación sapientísima...

Firma, al fin, su profesión de fe en el convento de San Jerónimo. Paga su dote un hombre de linaje limpio, pariente suyo, el acaudalado don Pedro Velázquez de la Cadena, que también la patrocina y apadrina.

A la fiesta de la «toma del velo», después de preparadas las luminarias desde la víspera, los virreyes, lo más granado de los Cabildos, eclesiástico y secular, las sagradas religiones y la nobleza de Méjico asisten al solemne acto en que Sor Juana da su adiós al mundo en el que tanto ha brillado.

Cuando la puerta que conduce a la clausura se cierra detrás de las monjas que acompañan a Sor Juana, llevando los cirios, un estremecimiento sacude a la multitud que ha presenciado la ceremonia religiosa. Muchos ojos se empañan de lágrimas, emocionados por el acto que acaba de transcurrir. Y más que nunca sienten admiración por la poetisa, pero ninguna alegría les embarga el ánimo.

—¡Sor Juana Inés nos ha abandonado! ¡Ya no está con nosotros! —exclaman interiormente, mirando la puerta cerrada.

—¡Ya no volveremos a oír sus versos de sus propios labios!—añaden.

La Virreina llora, en tanto que el altar mayor del templo destella con sus incontables luminarias. Un fuerte aroma a flores embalsama el recinto.

• • •

Suena la campana. Sor Inés deja el lecho con presura y vístese con su traje de monja, de amplia tela blanca en numerosos pliegues, de *mangas perdidas,* que le cubren hasta las manos, dejando sólo visibles los dedos de éstas. Pónese la toca y el escapulario negro y ancho, que alcanza su cuello, hombros y pecho. Toma el rosario de cuentas oscuras, procurando que penda sobre el hombro izquierdo la cruz de brillante metal, con una medalla. Más grande que el óvalo de su cara es el grande escudo de la Orden, sobre el escapulario, en el que aparecen expresivas figuras: la Virgen María, en pie, a la derecha, atenta, absorta, oyendo; el Arcángel Gabriel, plegadas las grandes alas blancas, frente a ella, a la izquierda. Un reclinatorio entre ambos; sobre él, un libro abierto, y la mano izquierda de la Virgen posada sobre sus páginas. Arriba, la Paloma Mística vuela en un ampo de claridad.

Cap. VII

En el nuevo convento

La luz del candil, a pesar de iluminar débilmente la celda, permite distinguir estos pormenores, y contemplar también al detalle el rostro de Sor Juana Inés: oval, dulce, sonrosado, de formas redondas, llenas, casi turgentes, como las de sus blancas manos de delgados, largos y finos dedos. Ancha la frente, sobre la que cae la curva honda de la toca; entrevése el nacimiento del pelo, con oscuros reflejos dorados; bien trazadas, finas, francas, las cejas oscuras; grandes, los ojos de pupila rubia; delicada, la bien hecha nariz, y delgadísimas sus ventanas; finos los labios, arqueados, plegados, mas adivinándoselos expresivos, locuaces. Es una adolescente enigmática, de alma luminosa y pensativa, atravesada por una furtiva sombra de tristeza, de curiosidad y de espera.

Ante el pequeño Cristo que pende de su cruz sobre la mesa, Juana le saluda con su franco mirar, dulce y derecho, con atención abierta, mas un tanto cansada, preguntándole:

—¿Ya es la hora?

La campana maitinera vuelve a sonar, respondiendo de esta guisa a Sor Juana Inés. Esta, apresuradamente, coge su libro de oraciones, apaga el candil y sale de la celda. Ya se acusa la primera luz del alba.

—No os retardáis nunca, Sor Juana—dice a nuestra monja otra muy joven.

Ambas se encaminan hacia la iglesia. A compás de sus pasos ligeros, los rosarios tintinean. Se les unen dos, tres, cuatro enclaustradas más. Avanzan to-

das, como sombras blancas con la aurora aparecidas. Al bajar la escalera, el tercer toque se deja oír. Luego, el olor a cirios recién encendidos inicia a las monjas en la emoción de la primera misa. Las tonifica y alegra. Ahora, en el reclinatorio, cada una siente un calor suave corriendo por las venas. Un bienestar inefable las invade.

El sacerdote aparece ante el altar, y comienza el rito sagrado.

* * *

Las horas de Sor Juana transcurren entre las atenciones de su convento—rezos y otros piadosos ejercicios—y su vida en común con las monjas. Las religiosas se han dado cuenta ya del natural tan blando y tan afable de la nueva profesa.

—¡Qué buen ánimo y condición debe al Señor!—suelen comentar entre sí, refiriéndose a Sor Juana.

Por tal razón la aman mucho, y con ello, gustan extraordinariamente de su compañía. A su vez, el amoroso corazón de Sor Juana llénase de afecto hacia estas dulces y buenas hermanas en religión. Y suele ir, en los ratos que a unas y a otras les sobran, a consolarlas y a recrearse en su conversación.

Sin embargo, aparte de todo esto, Sor Juana sabe manejar hábilmente paleta y pinceles. Muchas horas acostumbra invertir en tal arte, siendo muy alabada por las demás enclaustradas:

—¡Cuán donosamente pintáis,

Sor Juana Inés!—exclaman, arrobadas, contemplando la obra en que trabaja.

Pero algo más hace nuestra monja. Miradla.

Ahora está sentada en un gran sillón de respaldo carmesí, ante la gran mesa de su celda que recubre una bayeta encarnada. Sobre ésta, Sor Juana ha abierto un infolio, frente al gran tintero de metal, en cuya doble fuente beben tinta, curvas y blancas, dos plumas de ave. En el fondo de la pequeña estancia, yérguese un estante cargado de enormes libros de amarillento pergamino que rodean un reloj. ¡Diríase que es el corazón de los libros, el corazón del Tiempo!

Sor Juana Inés lee, pasa con sus dedos finos hojas y más hojas. Esbelta siempre, alta, delgada, elegante, en su amplio y albo traje talar, orlado abajo de azul claro. Las *mangas perdidas*, las *mangas de ángel*, llegan, como un ala, hasta el suelo de la celda.

De pronto, los ojos de Sor Juana se apartan de las páginas de pergamino, y miran a lo lejos, dulces, pensativos, inteligentes, llenos de luz, cargados de ternura, bajo las finas y arqueadas cejas, bajo la alta frente blanca. ¿Qué ven? ¿Qué persiguen? ¿Qué han hallado? ¿Hay en ellos melancolía? Acaso. Mas ¿de qué?

¿Qué miran, mientras la pálida mano izquierda, suavemente plegada, como si ella misma hablase de recogimiento y de confianza, levantando el largo rosario de gruesas cuentas y fina cruz de metal, prendida sobre el hombro?...

¿Miran su pasado? ¿Miran el porvenir? ¿Contemplan a Dios y a sus ángeles? Arcano.

Hay reflexión en ellos, sí; pero una aurora agorera los baña con su claridad de amor y de ensueño.

Ahora coge la blanca pluma de ave. Escribe con presurosa mano. Los rasgos de su letra son sueltos y claros, denotando su mucha costumbre de hacerlo. ¿Versos? Sí.

He aquí el romance:

Mientras la gracia me excita
por elevarme a la esfera,
más me abate hasta el profundo
el peso de mis miserias.

Las virtud y la costumbre
en el corazón pelean;
y el corazón agoniza,
en tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte,
temo que tal vez la venzan;
que es muy grande la costumbre
y está la virtud muy tierna.

Oscurécese el discurso
entre confusas tinieblas;
pues, ¿quién podrá darme luz,
si está la razón a ciegas?

De mí misma soy verdugo,
y soy cárcel de mi misma.
¿Quién vió que pena y penante
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo
que más agradar quisiera;
y del disgusto que doy,
en mí resulta la pena.

Amo a Dios, y siento en Dios;
y mi voluntad mesma
de lo que es alivio, cruz,
del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda:
mas de tal manera sea,
que si son penas las culpas,
no sean culpas las penas.

Durante nueve años desempeña Sor Juana Inés el empleo de contadora de su convento, teniendo a su cargo el arreglo y gobierno de su archivo. Y puede ser, de querer aceptarlo, madre abadesa, elegida por sus compañeras unánimemente. Pero ella se ha negado y se niega todavía.

Tanto la estiman sus monjas, que su retrato cuelga ya de las paredes de una sala, en marco de preciosa madera, incrustado de hueso y de carey.

* * *

Es esparcimiento de la aristocracia de la época asistir por las tardes a las vísperas de los conventos. Antes y después de ellas, se charla devotamente en el locutorio, coméntase el último sermón, las hazañas de los piratas, las pestes y rebeliones, las noticias de Madrid. Y las jícaras de chocolate aderezadas por las monjas con el mejor soconusco, van y vienen, mostrando su temblorosa y perfumada filigrana de espuma.

El Virrey casi nunca falta a las vísperas, y la Virreina menos.

De todos los conventos, el locutorio de las Jerónimas es el más frecuentado por cuantas personas hay más ilustres en

Méjico, gracias al renombre que le presta Sor Juana Inés de la Cruz, que en el mundo se llamó Juana de Asbaje y Ramírez.

El convento de San Jerónimo es considerado no sólo como casa de alejamiento de las inquietudes mundanas y de virtud y oración, sino también como centro de cultura superior y de amor a lo más puro de las letras y de las humanidades latinas. En tal se ha convertido por ser el albergue de prestigio, piedad y misterio de Sor Juana Inés, que tanto verso ha hecho ya y que tan celebrada es por su hermosura.

Hoy, a todo el mundo le parece natural, cuando Sor Juana acude al locutorio, que la poetisa haya acudido al convento para albergarse, después de alejarse del matrimonio, dado su grande amor a las letras y a

la sabiduría. Y es así como toda la sociedad culta de Méjico dirige sus pensamientos, sus miradas y sus pasos a la ilustre Casa del Señor, y, en la paz campestre y serena, hace obra de recogimiento a la vez que de ilustración interior y de interna elevación de las almas.

Oíd a un gentilhombre:

—Sor Juana Inés, como un ave del paraíso, se ha escapado del mundo para venir a posarse en este apacible retiro...

Lo más granado de Méjico viene al locutorio en los días y horas de recibo: el Virrey y la Virreina, damas y caballeros, acuden gustosamente. Y aquí, como en la ciudad, Sor Juana sigue recibiendo la admiración y el respeto más entusiásticos. Porque su claro ingenio, su fácil palabra, están prontos siempre a la respuesta.

Ama nuestra poetisa la soledad, pero de ésta la sacan las encumbradas visitas. Su natural afable y gracioso hace que se preste de buen grado a estas fatigosas diligencias, aunque a veces sean molestia y esfuerzo.

Hasta los extranjeros que vienen a Méjico, visitan a la monja portentosa. Un peruano acaba de mandarle unos búcaros chilenos de olorosa arcilla...

Todos quieren oírla expresarse en verso. Con maravillosa y pasmosa facilidad responde rápidamente a cuantas preguntas se le hacen.

—¡Difícil facilidad!—es la exclamación de todos.

—Debe componer versos hasta en sueños, superando en ello a Lope, que en verso pensaba—añaden otros.

—¿Por qué no publicará sus composiciones?—se pregunta un poeta que a duras, durísimas penas, sigue las huellas de Góngora, el «Apolo andaluz».

Pero Sor Juan se preocupa muy poco de ello, encerrada con sus hermanas de religión entre muros altísimos. Le basta pasearse por los patios que miran a Occidente, por el amplio y vistoso jardín rodeado de galerías cuyos arcos abiertos descansan en robustas columnas de orden toscano.

La celda de Sor Juana da a este jardín y a estas galerías, desde el piso superior. Tiene una alta ventana que se abre al Sur. Temprano, a cada aurora, a través de ella, los rayos

del sol naciente vienen a visitar a la poetisa. También los ocasos se asoman con su luz anaranjada. Y esta misma ventana le sirve a Sor Juana Inés para contemplar, en las claras noches de invierno, los cuatro clavos brillantes de la Cruz del Sur, rutilando en la sombra.

La esbelta figura de ensueño, pensativa y blanca, arde en una viva luminosidad interior. Son los rescoldos, cada vez más fríos, de aquel amor mundano? ¿Subsiste éste aún? ¿O ya está en paz, aquietada y serena? ¿O su espíritu. en forma de vaho, asciende derecho a las alturas?

A través de la alta ventana, ve Sor Juana Inés unas nubes bajas caminar lentamente. Sólo con

encaramarse a ella, podría tocarlas con el dedo. Pero la monja no sabe trepar a las ventanas. Por esto se pone a soñar...

Se ve atravesando los cirros, desclavando, una a una, las estrellas. Obra de prisa. Abajo, los árboles son más altos y delgados que nunca. De repente, se para; con su delgada diestra graba un nombre en una nube: DIOS. Pero, inmediatamente, las letras trazadas se borran, desaparecen, absorbidas por la avidez de la nube. Y Sor Juana llora, llora sin consuelo. Y, llorando, se olvida de que todo es un sueño, sólo un sueño.

VIII.—EL ARCO TRIUNFAL

LA sociedad, de la que Sor Juana Inés de la Cruz es flor escondida aunque espléndida, y que está íntegramente organizada en torno a los reyes y los virreyes españoles, quiere hacerla lucir en sus fiestas, y no considera completa ninguna de ellas, ni cumplida, ni hermosa, ni digna, si no interviene la monja-poetisa, embelleciéndola con su ingenio y con su gracia. Por esto el Cabildo Metropolitano le suplica que se encargue de idear un gran arco, así como de su descripción, en un libro que a propósito ha de componer.

¡Sociedad singular la de esta época!

Una mujer, una monja, y no un ingeniero, no un arquitecto, ningún poeta joven, recibe el encargo de idear el proyecto de un arco triunfal, de componer los versos que le den significado, y de hacer un libro que lo describa, al propio tiempo que se encarga otro arco triunfal semejante al insigne cosmógrafo y preclaro profesor de matemáticas de la

Universidad Real y Pontificia de Méjico, a don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Ambos arcos triunfales se elevan para conmemorar la entrada del nuevo Virrey, el Conde de Paredes, y de su esposa. Es el año 1680.

Tal es el éxito de Sor Juana en el suyo, que el Cabildo de Méjico, en señal de reconocimiento por sus servicios prestados al cumplir tan cabalmente la comisión que le fué encargada, le entrega doscientos pesos.

Ella se excusa de aceptar la suma que le envían con gran protocolo. Inmediatamente se dirige a la más respetable corporación de Nueva España, dándole las gracias, no en estilo oficial, convencional y frío, sino en forma de *décimas*, añadiendo explicaciones y excusas.

A partir de este momento, una gran amistad va a ligarla a los nuevos Virreyes que, apenas llegados, sienten gran simpatía por Sor Juana.

Sumida estaba en sus sueños habituales, cuan-

do unas voces lejanas la hicieron volver a la realidad:

—¡Ya está aquí!... ¡Ya llegó!... ¡Viva el Virrey!...

Sor Juana sintió aquellas palabras como gotas de agua fría sobre su rostro.

Desde aquel mudo instante, la monja supo que los recién llegados se aproximaban a ella, y que, a su vez ella se les unía.

* * *

Hoy los Virreyes han venido a visitarla. Entre los tres media el alegre deseo de hablarse. El Conde y la Condesa se desazonan por no encontrar palabras a propósito... Sor Juana, acariciada en sus hombros por el dorado sol vespertino, les son-

ríe. Y el silencio se rompe, aunque, en verdad, no hay palabras suficientemente efusivas para este momento. La triple ternura de los corazones surge al exterior, y se desborda. ¡El hielo de la primera entrevista está roto!

Y cuando Sor Juana al volver a su clausura, deja solos a los Virreyes, éstos comprenden el verdadero valor de esta criatura excepcional y única. Antes, el hallazgo les había nublado los sentidos, y hasta ellos mismos no habían

advertido su emoción, su estado de ánimo, al encontrarse ante la gran poetisa.

Ahora, instalados ya en la carroza que les devuelve al palacio virreinal, van sin hablarse, cabizbajos, un poco fatigados por la gran emoción recibida.

* * *

Al acostarse, Sor Juana piensa, con los ojos cerrados, en lo sucedido y en la amable visita de los Virreyes. Se considera feliz: ha encontrado unos amigos de su tamaño; de carne y hueso... No son tales como los ha soñado, pero tampoco es para desilusionarse por ello. La monja sabe que no es posible mirarlos detalle a detalle. Basta sólo con tener fe en ambos. Basta sólo con quererlos.

* * *

Otro día viene la Condesa de Paredes a pedirle que recoja sus versos.

—Andan repartidos en muchas manos—le dice a través del locutorio.

—Yo misma tomaré las necesarias providencias para que se publiquen—continúa diciendo la Virreina—. Muchísimo gusto habré en ello, Sor Juana Inés.

Humilde y sencilla, nuestra monja acepta, acatando lo que es casi un mandato:

—Respeto vuestra voluntad, alta señora. Podéis obrar como gustéis.

Cuando sus versos ven la luz pública en un primer tomo, los dedica a la Condesa de Paredes, su augusta amiga: «Ama y señora mía, besa los pies de vuestra excelencia, su criada, SOR JUANA INES DE LA CRUZ.»

Sor Juan, por otra parte, acude siempre a sus amigos y protectores, no en favor de sí misma, sino en el de los demás. Una vez, con sus versos, pide la libertad de un inglés. En otra, escribe un memorial a un juez, «suplicando por una viuda a la que litigan la vivienda».

En todo está nuestra monja: cumplida con los Virreyes, con los presos, con los grandes y necesitados... Desde el claustro de San Jerónimo, vive la vida de su ciudad. Es como el centro de ella, además de núcleo escolar y universitario.

* * *

La edición de su libro de versos se agota rápidamente. Los elogios a la inspiración de Sor Juana son numerosos y encendidos.

—¡Sor Juana Inés es un auténtico Ixtacihuatl en nuestras letras!—la llaman los literatos.

—¡Es la Décima Musa! ¡Y nuevo Fénix de los Ingenios!—la denominan los más exaltados.

IX.—EL HIJO DE LOS VIRREYES

VILLANCICOS

EL Virrey don Tomás Antonio de la Cerda, Conde de Paredes, y su esposa tienen un niño. Tal es el júbilo de Sor Juana, que inmediatamente escribe un poema, en el que invoca a Méjico, pues su sangre española no excluye su gran amor a lo mestizo:

Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el águila mejicana
el imperial vuelo tienda,
pues ya en su alcázar real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas.

Y sueña luego con todos los prodigios que el niño realizará al ir creciendo; imagina su amor a la sabiduría y a las letras, además de sus glorias venideras:

Aquí sí que se ha de ver
una maravilla nueva.

Alejada del mundo y en el mundo; sin hogar, y con hogar en el que, empero, no vive, que es, no obstante, el de su alma, el palacio de los Virreyes; sin hijos y con hijos, este niño mejicano, a quien seguirá con los ojos de su amor mientras vaya creciendo.

Cuando el pequeño cumple un año, Sor Juana Inés le pide el indulto de un reo, el famoso Benavides, alias «el Tapado»:

Lo que agora nos importa
es, fresco pimpollo tierno,
que viváis largo y tendido
y crezcáis bien y recio.
Que le deis a vuestros padres
la felicidad de veros
hecho unión de sus almas,
bisagra de sus dos pechos.

¡Cuán bien se ha identificado Sor Juana con la familia de los Virreyes! Su ternura, su inagotable y jubilosa ternura, que es como un

perenne amanecer de su alma, toda luz y toda rocío, predomina siempre y, a través de ella, su amorosa mirada se empeña en vislumbrar en el niño con quien tanto sueña, en el hijo del Virrey, el hombre que habrá de ser. Lo ve crecer con los ojos del alma, transportándose al futuro.

* * *

Sor Juana escribe composiciones para que sean cantadas, recitadas y representadas por el pueblo en las iglesias. De aquéllas, los villancicos son particularmente interesantes, porque su espíritu se dirige al alma popular, se confunde con ella y se transforma en su verbo.

Sus villancicos se cantan y se representan lo mismo en la remota catedral de Antequera, en Oaxaca, que en las de Puebla y Méjico, al mismo tiempo que van formando el alma nacional: una misma palpitación jovial, entusiasta, afectuosa y ardiente, circula por los corazones de los mejicanos a través de todo el país.

Y hasta sus monjas los entonan en el día de la Natividad, de la Epifanía, en torno al ingenuo Nacimiento.

Como cien pájaros volando, suben al cielo los villancicos. Son cien ilusiones y cien esperanzas. Son días y noches, sabores y colores, animales y plantas, ruidos, músicas, gritos, risas... Pajarillos temblones y asustadizos que se escapan de las bocas delicadas y tiernas de los ni-

ños, de las desdentadas encías de los ancianos, de los labios femeninos...»

X.—PROHIBICION DE ESTUDIAR

CUATRO mil volúmenes tiene Sor Juana en su celda, e infinidad de instrumentos y aparatos científicos, de música, de jardinería...

Su ciencia es extraordinaria para la época en que vive. Las matemáticas le son familiares; también la Fisiología, la Física, la Gramática. Versifica en latín y hasta en azteca. Entiende harto de medicina.

—La Filosofía escolástica, la Teología moral y dogmática, el Derecho canónico, todo cabe en su sesera única—suele comentarse en los círculos distinguidos de la capital.

—¡Y en Bellas Artes, no digamos! Muestra, lo sé de cierto, una aptitud singular para la música. La ha estudiado Sor Juana para agradar a las monjas sus hermanas, y, naturalmente, ha culminado en ella—explica confidencialmente una voz en la tertulia de un palacio.

En verdad, la música es uno de los inocentes solaces de los conventos. Tañendo violas, violines y arpas, las buenas

religiosas siéntense fuera de la monotonía de la Regla, y sus espíritus, abrumados de prácticas y rezos, vuelan, un instante libres, por la radiante serenidad del espacio, a los llorosos acordes de los instrumentos.

Como es imposible que Sor Juana emprenda algo sin sobresalir, sus estudios son tan provechosísimos, que, encontrando estrechos y primitivos los antiguos métodos, compone uno de su invención.

—Tan alada es esta obra—declara el Virrey—, que bastaría hacerla famosa en el mundo.

Las monjas lo guardan celosamente en el convento, como alma en su almario.

Dios se revela a Sor Juana en la música, pues ésta es la suprema

reveladora de la vida, del más allá, de todo lo arcano y misterioso.

Su habilidad musical es—como hemos visto—muy loada. Cuando llega a oídos de la Condesa de Paredes que ella ha escrito un libro de música, pídeselo. Nuestra monja se excusa de enviárselo, por no estar concluído, con unos versos:

Y empecé a hacer un tratado,
para ver si reducía
a mayor facilidad
las reglas que andan escritas.

En él, si mal no recuerdo,
me parece que decía
que es una línea espiral,
no un círculo, la armonía.

Pero éste está tan informe,
que no sólo es cosa indigna
de vuestras vamos, mas juzgo
que aun lo desechan las mías.
Por esto no os lo remito...

Sor Juana es todo lo que quiere, hasta pintora. Y miniaturista, pues retrató en un anillo a la Condesa de Paredes. Conoce a fondo todas las ciencias, y, en especial, la as-

tronomía de su época. Con su habitual gracejo nos cuenta que le ha dado

> Urania, musa estrellera,
> un astrolabio en que vido
> las maulas de los planetas
> y las tretas de los signos.

Quizá la música terrestre la ha llevado a aprender la divina música de las esferas...

* * *

> El que se señala o lo señala Dios es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen.

No ha faltado, a pesar del elogio de la mayoría, quien hable mal de Sor Juana por cultivar con tal pasión las letras. Aun antes de entrar en religión, había consultado con el Padre Núñez, su director espiritual, si debía hacerlo. Este le había respondido:

—Si vuestros talentos y sabiduría se oponen a las virtudes religiosas, es mucha ganancia esconder los talentos.

Después, ya profesa, habían sobrado quienes por la misma causa la mortificaba de tal manera, que seguir, aunque lejos, la sabiduría era acercarse al fuego de la persecución, al crisol del tormento.

Ahora mismo hay alguien que solicita que se le prohiba

estudiar. Quizá lo consigan, pues la prelada—la superiora—que rige hoy el convento es muy santa y muy cándida.

Una mañana llama a Sor Juana y le dice:

—Como creo que el estudio es cosa de Inquisición, os mando que no estudiéis.

Durante tres meses la obedece nuestra monja, en cuanto a no tomar libro alguno.

Cuando, al cabo de este tiempo, cesa el poder de aquella priora, Sor Juana se atreve a confesar a sus amigos:

—En cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque, aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de le-

tras y de libro toda esta máquina universal. Mas, a pesar de ello, casi enfermé de no trabajar en los libros. Ahora vuelvo a éstos con sed de cosa prohibida.

Los amigos le responden:

—¡Sois genial, Sor Juana!

—¡Callad, por Dios! ¡No ofendáis a los cielos!—contesta la monja, y les abandona súbitamente, retirándose a su clausura.

XI.—CRISIS

OR Juana comenta en el locutorio de su convento de San Jerónimo un sermón de Mandato que cuarenta años antes pronunció el celebérrimo orador portugués, el Padre Antonio Vieyra, en su patria. El interlocutor de nuestra monja le ruega:

—Poned por escrito las razones y juicios que me habíais expuesto.

Sor Juana le escribe entonces la *Crisis de un sermón*. Pero la tal epístola circula privadamente de mano en mano, hasta llegar a las del Obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz.

Prendado de ella, el Prelado la manda imprimir y pónele el elogioso título de *Carta Atenagórica*—por Atenea, diosa de la Sabiduría—, y la envía a Sor Juana juntamente con una carta, en la que encarece a nuestra jerónima que se entregue con más ferviente plenitud al estudio y amor de las cosas celestiales.

Teresa y otros Santos canonizaron con los suyos esta habilidad; pero deseara que vuestra merced los imitase, así como el metro, también en la elección de los asuntos. No apruebo la vulgaridad de los que reprueban en las mujeres el uso de las letras; sólo se condena lo que lleve a tér-

Dícele el mitrado de Puebla:

«Para que vuestra mercer se vea en este papel de mejor letra, le he impreso, y para que reconozca los tesoros que Dios depositó en su alma, y le sea como más entendida más agradecida... No es mi juicio tan austero censor que esté a mal con los versos en que vuestra merced se ha visto tan celebrada, después que Santa

minos de presunción y de soberbia. Letras que engendran vanidad, no las quiere Dios en la mujer; pero no las reprueba el Apóstol cuando no sacan a la mujer del estado de obediente. Y notorio es a todos que el estudio y saber han contenido a vuestra merced en el estado de súbdita, y que la han servido de perfeccionar primores de obediente. Por tanto, no ahoguéis vuestras capacidades, pero os aconsejo que perfeccionéis los empleos y que mejoréis los libros.»

Nuestra monja entiende la carta del Prelado con absoluta claridad. Al instante responde al Obispo de esta guisa:

«...Recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a los libros sagrados, que, aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí sustancia de precepto... Bien conozco que no cae sobre ella vuestra cuerdísima advertencia, sino sobre lo mucho que habéis visto de asuntos humanos, que he escrito... El no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquella Sagrada Letra, para cuya inteligencia yo me reconozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna...»

Con amor acepta Sor Juana la exhortacién del mitrado.

Pero hay algo, en su exquisito temperamento sensible y vehemente, que se hiere, afectado en lo más vivo, en lo más hondo de su entraña. «Su alma ultrasensible gime y sangra ante el reproche, que, aunque envuelto en seda, ella discierne grande, pertinente y exacto.»

¿Lamenta Sor Juana, en estos días de prueba, su entrada en religión? ¿No es preferible a tanta fatiga espiritual, la fatiga augusta de la maternidad? ¿No es mejor ser libre, ser dueña de sí, para pensar a su guisa, para escribir a su antojo, para abrazarse a sus libros, para sorberles todo el tuétano de la vida intelectual que contienen, de esa vida de la que siempre ha estado sedienta?

Es imposible que un espíritu como el de Sor Juana haga las cosas a medias.

¿La han herido en el corazón porque no es aún una santa? ¡Pues a serlo como la que más!

La primera diligencia que hace

para declararse la guerra y conquistarse del todo a sí misma, sin dejar a la espalda enemigos, es una confesión general de su vida pasada, valiéndose, para discorrer lo vivido sin ninguna doblez, de su memoria felicísima. Invierte varios días en esta confesión. Luego presenta al tribunal divino, en forma de Petición Causídica, una súplica en que no se estorban lo discreto y lo muy fervoroso. Y redacta dos tratados espirituales y escribe dos protestas de fe con su sangre.

Y la mayor prueba a la que se sujeta es la de vender todos sus libros para los pobres.

—¡Daré de limosna, con esta decisión, hasta mi entendimiento!—se dice Sor Juana.

Y se desprende de todo: de sus libros, de sus instrumentos de música y de matemáticas: de cuanto posee. No deja en su celda más que tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas. Todo lo ha reducido a dinero, después de remitir sus bienes al Arzobispo de Méjico. Este reparte el producto de la venta entre los pobres.

¿Sufre al desprenderse de sus bienes temporales? ¿O es una forma de felicidad, verdadera y honda? ¿Acuden a su memoria las palabras de Séneca: *Otium sine literis mors est?* ¿O ningún significado tienen estas palabras para ella, puesto que jamás fué su vida otra cosa que un combate continuo; nunca un ocio, nunca un descanso?

Desasida ya de su exclusivo amor, de aquella biblioteca adorada que le habían regalado en su mayor parte cuantos imprimían o escribían en las Españas, esta enorme alma desnuda entrégase apasionadamente a la penitencia. Ha huído de la astronomía, de todas las ciencias y aun de la facultad de escribir... Casi no habla y apenas se comunica con sus seme-

jantes. Está a solas con su espíritu. Sólo sabe asomarse al cielo desde su ventana, en un inacabable anhelo de Dios, pues el amor divino es lo único que puede llenar la inmensa capacidad amorosa de su alma.

Su lucha interior se agrava cuando le llega la noticia de que ha muerto en España el Conde de Paredes, su amigo y protector.

Para llegar al pleno vencimiento de sí misma, aplícase con vivo celo a imponerse las más crueles disciplinas y rigores. Y empieza a enfermar... Su confesor llega a alarmarse y a decir:

—Es menester irle a la mano, para que no pierda la salud y se inhabilite. Su vida, a manos de su fervor, puede acabar.

Y en el Libro de las Profesiones de su convento escribe su disposición final: «Aquí, arriba, se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios, a mis amadas hermanas, las religiosas que son y en adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todas pido perdón.»

Escribe estas líneas con emoción vivísima. Su letra lo acusa.

Está pronta a partir. Su alma se siente humilde y sumisa. ¿Qué le queda ya sino morir de veras?

Con la primavera, asoma para Sor Juana Inés de la Cruz la misteriosa y divina muerte.

XII.—SI ES PARA VIVIR TAN POCO, ¿DE QUE SIRVE SABER TANTO?

TERRIBLES epidemias azotan la ciudad. En sus atrios y desoladas calles, desiertas por el pavor y la peste, se amontonan los cadáveres. En el convento de San Jerónimo han muerto ya diez monjas. Quienes sobreviven en la ciudad doliente, dícense unos a otros espantados:

—¡Castigo del cielo! ¡Por nuestra liviandad! ¡Por nuestra poca enmienda!

El nuevo Virrey, el Conde de Galve, se sabe impotente, y sólo puede pedir a los conventos secretas oraciones por el alivio de la ciudad, y, temeroso de ser objeto de algún insulto, se refugia por las noches en el claustro de San Francisco, para dormir a su sombra.

La epidemia pestilencial ha entrado, como hemos dicho, en San Jerónimo. Muy contagiosa se presenta. A pesar de ello, Sor Juana, compasiva y llena de caridad y amor, asiste a las enfermas sin fatigarse ni recelarse de la compañía.

Cae al fin nuestra monja. ¡Madura está, ciertamente, para morir! Se halla en el centro espiritual de la vida, en medio de todo, donde está Dios.

¡Madura está para morir, es decir, para la libertad! Puede ya desmaterializarse en consecuencia, desvistiéndose al cabo de su vestidura terrena. Puede entregarse a la muerte.

Al punto que se conoce su peligro, se llena el convento y la ciudad entera de millares de plegarias por su salud. Las campanas repican por

su salvación humana, desesperadamente Sólo ella está conforme con la esperanza de la partida.

Las medicinas son continuas y penosas. Sor Juana súfrelas con paciencia admirable y santa.

El rigor de su enfermedad no le causa ni la más leve turbación en su entendimiento: es su amigo más fiel.

Poco antes de salir el sol, a las cuatro de la madrugada, después de las jaculatorias, restituye a Dios su gran espíritu. Es el 4 de abril, Domínica del Buen Pastor. Antes de

que el alba amanezca sobre el convento de San Jerónimo y la vieja capital de la Nueva España, amanece su alma en la eterna aurora. *Requiescat in pace. Amén.*

¡Cuántas lágrimas en todas las celdas, en esta madrugada primaveral! Entre cuatro cirios y un severo traje de «mística golondrina» yace rígida, en la capilla del convento, la mujer siempre afable, expresiva, inteligente y afectuosa; la mujer de grandes ojos luminosos, de fina nariz, de boca bella y pródiga en palabras de vida y de sapiencia, que, con ágil y elegante andar, recorría como una bendición del cielo los claustros jerónimos.

Y empieza a convertirse, según sus propias palabras,

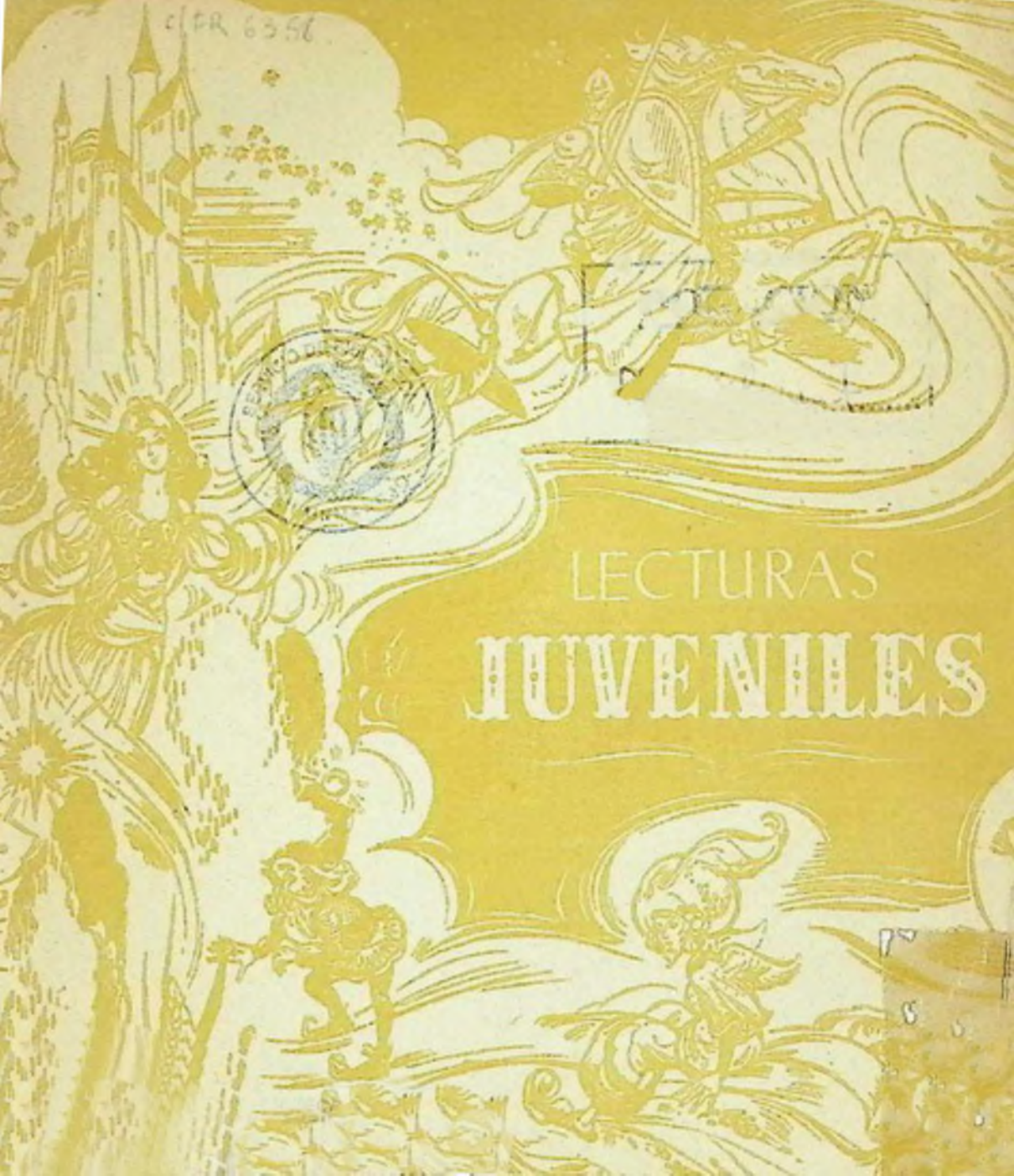
en polvo, en sombra, en nada.

Su entierro es solemnísimo. La multitud se agolpa llorando a las puertas de la iglesita de San Jerónimo. Es el año 1695.

INDICE

		Páginas
Capítulo	I.—Noche estrellada	9
—	II.—Los volcanes	14
—	III.—Desde las torres de la Catedral	21
—	IV.—En la corte de la Virreina	27
—	V.—Su misterioso amor	34
—	VI.—Carmelita descalza	40
—	VII.—En el nuevo convento	46
—	VIII.—El arco triunfal	60
—	IX.—El hijo de los Virreyes (villancicos)	66
—	X.—Prohibición de estudiar	70
—	XI.—Crisis	76
—	XII.—Si es para vivir tan poco, ¿de qué sirve saber tanto?	82

c/FR 6356



LECTURAS JUVENILES